



<https://doi.org/10.5281/zenodo.19670039>

**Erotismo y violencia. Lecturas de la transgresión en Georges Bataille**  
*Eroticism and Violence: Readings of Transgression in Georges Bataille*

Manuel Reynoso de la Paz<sup>1</sup>  
Ma. Centeocihuatl Virto Martínez<sup>2</sup>  
Isadora Escobedo Contreras<sup>3</sup>

**Resumen**

Este trabajo explora el vínculo entre erotismo, violencia, transgresión y lo sagrado a partir del pensamiento de Georges Bataille y de su Teoría de la Economía General, que distingue entre prohibición (mundo del trabajo) y transgresión (gasto improductivo). A través de un análisis de obras como *Madame Edwarda* e *Historia del ojo* de Bataille y *El jinete azul* de José Calva, se examinan escenas donde deseo, horror y muerte se entrelazan, revelando la dimensión límite del erotismo como “aprobación de la vida hasta en la muerte”. Se muestra la literatura como un espacio para pensar momentos transgresores que suspenden la racionalidad utilitaria y conducen a la experiencia de lo sagrado, del exceso y del vacío. Así, el yo se devela como ilusión y catástrofe, desgarrado por su propia finitud, pero abierto a la continuidad y a la comunicación con lo otro. La violencia y la muerte se configuran como experiencias reveladoras de la soberanía y del carácter sagrado de la existencia, en las que el sacrificio, el exceso erótico y la ruptura de la prohibición permiten pensar la condición humana más allá de la utilidad y de la norma social.

Palabras clave: erotismo, violencia, prohibición, transgresión, sagrado.

**Abstract**

*This work explores the link between eroticism, violence, transgression, and the sacred through the thought of Georges Bataille and his Theory of General Economics, which distinguishes between prohibition (the world of work) and transgression (unproductive expenditure). Through an analysis of works such as Bataille's Madame Edwarda and The Story of the Eye and José Calva's The Blue Rider, it examines scenes where desire, horror, and death intertwine, revealing the limit dimension of eroticism as "the approval of life even in death." The text shows how literature opens a space for considering transgressive moments that suspend utilitarian rationality and lead to the experience of the sacred, excess, and emptiness. In this journey, the self is revealed as illusion and catastrophe, torn apart by its own finitude, but also open to continuity and communication with the other. Violence and death, far from being mere acts of destruction, are seen as experiences that reveal the sovereignty and sacredness of existence, in which sacrifice, erotic excess, and the breaking of prohibitions allow us to consider the human condition beyond utility and social norms.*

Keywords: eroticism, violence, prohibition, transgression, sacred.

1 Universidad Autónoma del Estado de Morelos. ORCID: 0000-0002-8591-7701 Dirección electrónica: manuel.reynoso@uaem.edu.mx.  
2 Universidad Autónoma del Estado de Morelos. ORCID: 0000-0002-5256-6300 Dirección electrónica: 3257.centeocihuatl@unipaz.edu.mx.  
3 Universidad Autónoma del Estado de Morelos. ORCID: 0009-0003-0458-1770 Dirección electrónica: isadora.escobedo@uaem.mx.



## Introducción

El presente trabajo reflexiona sobre la violencia y el erotismo desde una visión batailleana, esta nos permite observar una perspectiva antropológica de la constitución humana a partir de la Teoría de la Economía General propuesta por Georges Bataille; dicha teoría explica dos tipos de gastos presentes en la vida humana: la prohibición o mundo del trabajo y la transgresión o gasto improductivo. Los momentos transgresores son estudiados desde la literatura, los textos que se revisan son: *Madame Edwarda* e *Historia del ojo* de Bataille y *El jinete azul* de José Calva. Los fragmentos literarios elegidos para este trabajo presentan la relación entre deseo, violencia, horror y transgresión, los cuales resultan decisivos al situar experiencias y afectaciones profundas que impactan tanto en los sentidos como en la configuración de la vida erótica.

El erotismo, dice Georges Bataille (2000), “es la aprobación de la vida hasta en la muerte” (p. 15). El erotismo se diferencia de una simple actividad sexual por una búsqueda psicológica independiente del “fin natural” de la reproducción y del cuidado de los hijos. En el libro *El erotismo*, Bataille (2000) refiere una frase de Sade que dice: “Por desgracia el secreto es demasiado firme y no hay libertino que esté un poco afianzado en el vicio y que no sepa hasta qué punto el acto de quitar la vida a otro actúa sobre los sentidos [...]” (p. 15). Esta cita da cuenta de cómo la descripción de momentos transgresores presentes en la vida humana nos permite hablar de la disolución de las discontinuidades, de las particularidades que somos. Son, en definitiva, descripciones de experiencias que actúan sobre los sentidos y dejan huella en la vida de los humanos.

Desde la visión de la *Teoría de la Economía General* de Georges Bataille, la existencia no se rige por el principio de utilidad, sino por el del exceso. Toda vida produce más energía de la que necesita para mantenerse: un excedente que, si no se reinvierte en el crecimiento, debe necesariamente perderse. Esta “parte maldita” de la energía excedente, imposible de canalizar hacia la producción o la acumulación, exige un gasto —una pérdida sin provecho— que permita restablecer el equilibrio del sistema. Así, la economía general no se limita a las transacciones materiales, sino que abarca el conjunto de las fuerzas vitales, sociales y simbólicas que se consumen en el exceso: la guerra, el sacrificio, el arte, la orgía, la fiesta o la muerte.

Cuando intentamos actuar bajo la lógica de la razón instrumental, todo acto se evalúa según su rendimiento: producir, conservar e incrementar. Pero la exuberancia, aquello que desborda la necesidad, no puede someterse a la contabilidad de la utilidad. Responder al exceso implica un gesto de pérdida deliberada, una aceptación del derroche como forma de existencia. Es en este punto donde Bataille introduce la paradoja fundamental: lo improductivo, entendido como aquello que no genera beneficio, puede ser, sin embargo, lo más revelador de la vida. “No se trata más que de una pérdida agradable, preferible a otra desagradable. Se trata de sentimiento, nunca de utilidad. Por tanto, las consecuencias son decisivas” (Bataille, 1987, p. 67).

La muerte aparece, entonces, como el gasto absoluto, el momento en que la energía vital se consume en su totalidad sin retorno posible. Morir no es solo el fin biológico del ser, sino el acto último de consumo: la aniquilación del yo en el gran circuito del gasto cósmico. En ella, la vida alcanza su punto más alto de intensidad precisamente porque se arriesga a desaparecer. En este sentido, la muerte, como también el erotismo, es una forma de pérdida soberana: un gasto que no sirve para nada, pero que revela la verdad profunda de lo humano. La transgresión de vivir hasta el límite de la muerte —de afirmar la vida incluso en



su disolución— constituye, para Bataille, el núcleo de lo sagrado y la vía hacia la soberanía del ser.

En este sentido, la literatura nos permite describir pasajes transgresores en los cuales la vida se afirma hasta en la muerte. En ella, el cuerpo se convierte en un territorio simbólico donde la existencia se abre al otro en un gesto de exposición radical. Lejos de concebir la muerte como negación, Bataille la entiende como la culminación extrema de la vida, el punto en el que esta se experimenta en su intensidad más alta. La vida, en tanto exceso, solo puede reconocerse plenamente al borde de su extinción. En el contacto erótico, el cuerpo se desborda de sí, atraviesa los límites de la individualidad y roza esa continuidad perdida que Bataille asocia con lo sagrado. Así, el deseo no busca la posesión del otro, sino su disolución compartida: una comunión que hiera, que violenta la forma cerrada del yo.

Dice Alejandra Pizarnik (2020): “... que tu cuerpo sea siempre un amado espacio de revelaciones” (párr. 1). Así, el cuerpo literario, entendido como el cuerpo erótico, se vuelve lugar de revelación porque en él se conjugan vida y muerte, palabra y silencio, goce y desgarramiento. Erotismo y literatura se inscriben en la piel llevándonos al territorio de la transgresión, de la violencia, de lo imposible, de la muerte. Pero esta muerte no es pura negatividad: es la afirmación más intensa de la existencia, la apertura al instante donde el ser deja de pertenecer al orden del trabajo, de la utilidad o del sentido. La escritura, al igual que el erotismo, se ofrece como un sacrificio simbólico: un gasto improductivo que renuncia a la permanencia para tocar lo absoluto. En la unión entre vida y muerte, el sujeto se reconoce finito, pero también soberano, porque solo en el riesgo de su disolución alcanza la experiencia plena de su ser.

En *Madame Edwarda e Historia del ojo* de Bataille, y en *El jinete azul* de José Carva, vemos cómo en el erotismo se nos revela la violencia, el horror, la agonía y la muerte entrelazadas. La llegada de la muerte conduce a la continuidad, libera de nuestro carácter discontinuo. Nos sentimos como el animal que “está en el mundo como el agua que fluye en el interior del agua” (Bataille, 2001, p. 40). Es decir, experimentamos la ilusión de un regreso al lugar al cual no hay retorno, anhelamos volver a la continuidad, al mundo del animal que no se sabe singular, individual o discontinuo. Aun cuando somos animales, no estamos en el mundo como el tigre o el gato, ellos no tienen conciencia (en sentido cartesiano) de sí mismos ni del mundo.

En *El ojo pineal* Bataille sostiene que el yo sólo como *ilusión* responde a la exigencia extrema de la vida. Aun cuando el yo esté constituido en presencia de la realidad, el yo en ningún sentido pertenece a esta realidad. El yo trasciende y se neutraliza en la medida en que deja de tener conciencia de la improbabilidad perfecta de su venida al mundo. El yo difiere de “aquello que existe”. Lo que existe es la improbabilidad, lo que carece de sentido. Por esto, el yo aparece como una no-existencia, como una construcción ilusoria. La naturaleza humana no es más que un artificio, una ficción de identidad, por medio de la cual nos configuramos un rostro. El yo sólo como ilusión responde a la exigencia de la vida humana y social que es negar su improbabilidad. Esta negación permite que el mundo aparezca como necesario, es decir, con fundamento y sentido, por medio del establecimiento de identidades, de una relación de interdependencia y de la sucesión cronológica de las cosas. El yo es la marca de este punto de no-retorno, el corte dentro de la inmediatez del mundo, de la indistinción animal. El vacío constituye la improbabilidad infinita del yo. “Esta improbabilidad infinita –dice Bataille- de la que provengo está por debajo de mí como un vacío” (Bataille, 1981, p. 77).

En el límite de la muerte es cuando se revela con violencia el desgarramiento que constituye la naturaleza del yo. El yo que muere abandona el acuerdo con una realidad común y percibe lo que le rodea



como un vacío y a sí mismo como un desafío ante ese vacío. Para Bataille esta revelación del *yo que muere* supone la perfección imperativa y la soberanía del ser en el momento en que este es proyectado en el tiempo irreal de la muerte. En el límite de la muerte, el *yo que muere* llega al éxtasis de la ruptura de sus límites y llega a la ilusión como descripción adecuada de su naturaleza. En el límite de la muerte, en el curso de la visión extática se descubre por fin el objeto, objeto que es “catástrofe” porque el *yo que muere* lo ha creado:

“Este objeto, caos de luz y de sombra, es catástrofe. Lo percibo como objeto, mi pensamiento, empero, lo forma a su imagen, al mismo tiempo que es su reflejo. Al percibirlo, mi pensamiento se hunde en la aniquilación como en una caída en la que se lanza un grito. Algo de inmenso, de exorbitante, se libera en todas direcciones con un estruendo de catástrofe; esto surge de un vacío irreal, infinito y juntamente se pierde en él con un choque de brillo enceguecedor” (Bataille, 1981, p. 82).

Si el *yo vivo* proyecta su imagen sobre el mundo del trabajo, en un tiempo lineal, mensurable y con sentido, el *yo que muere* proyecta su imagen hacia la “catástrofe”, hacia el tiempo libre de toda cadena.

En la posición del objeto como “catástrofe”, el pensamiento vive el aniquilamiento que lo constituye como una caída vertiginosa e infinita. Así la “catástrofe” no sólo constituye su objeto, sino también su estructura; “es absorción en la nada que la soporta y al mismo tiempo la oculta” (Bataille, 1997, p. 35).

El *yo* renuente a rebasar los límites convierte el vacío en un espejo donde queda reflejado, impidiendo de ese modo entregarse a la pérdida y al sinsentido que lo abrirían a la plena indeterminación de su identidad.

Como ya mencionamos, la literatura nos posibilita describir momentos de horror, agonía y muerte, vinculados con el erotismo y con el consumo de nuestra parte maldita, ese excedente de energía. Bataille (1981) narra en *Madame Edwarda*:

“... los tacones de Madame Edwarda sobre el suelo cuadriculado, el contoneo de ese largo cuerpo obscuro, el olor acre de mujer que goza, aspirado por mí en ese cuerpo blanco... Madame Edwarda iba delante de mí... por las nubes. La tumultuosa indiferencia de la sala ante su dicha, ante la comedia gravada de sus pasos, era consagración real y fiesta florida: la muerte misma participaba en la fiesta, en tanto que la desnudez del burdel recuerda al cuchillo del carnicero.

Los espejos que tapizaban los muros, y que forraban el techo, multiplicaban la imagen animal de un acoplamiento: al más ligero movimiento, nuestros corazones exhaustos se abrían al vacío donde nos perdía la infinidad de nuestros reflejos” (pp. 46-49).

En este texto, Bataille nos lleva a vivir lo sagrado, el horror, el vacío, la animalidad. Esos momentos transgresores que no responden al mundo racional y de la utilidad, donde el cuchillo del carnicero no deja ganancias económicas. Esto se hace posible porque, en la visión de Bataille, Dios se presenta como una



figura invertida, semejante a una prostituta: todo se permite porque todo se trastoca. No observamos al Dios cristiano, a un Dios puro y santo. Nos dice Bataille en *Madame Edwarda*:

“Me giré hacia ella con las manos agarradas a la mesa. Sentada, sostenía una pierna abierta; para mejor enseñar la hendidura se estiraba la piel con las dos manos. Así me miraban los “trapos” de Edwarda, velludos y rosados, llenos de vida, como un pulpo repugnante. Balbuceé lentamente.

- ¿Por qué haces eso?

-Ya ves, dijo ella, soy DIOS...

-Me estoy volviendo loco...

-No, debes mirar: ¡mira!

[...]

A esa hora de la noche la calle estaba desierta. De repente, malvada y sin decir una palabra, Edwarda corrió sola. Ante ella, la Puerta de Saint-Denis: se detuvo. Yo no me había movido: inmóvil como yo, Edwarda esperaba bajo la puerta, en el centro del arco. Era enteramente negro, simple, angustiante como un agujero: comprendí que no reía e incluso, exactamente, que, bajo la ropa que la velaba, estaba ahora ausente. Supe entonces –disipada en mí toda embriaguez- que Ella no había mentido, que era DIOS. Su presencia poseía la ininteligible simplicidad de una piedra; en plena ciudad, tenía la sensación de ser la noche en la montaña, rodeado de soledades sin vida” (Bataille, 1981, pp. 44, 63).

Madame Edwarda representa aquello que la razón y Dios han intentado marginar, excluir, pero que camina por las calles de la modernidad con “el contoneo de ese largo cuerpo obscuro” y “el olor acre de mujer que goza”. Madame Edwarda nos presenta el sinsentido, lo imposible, la animalidad y la transgresión (Bataille, 1953/2011, p. 23).

Edwarda nos recuerda ese otro lado que está presente en el hombre, la transgresión, el erotismo, lo sagrado, la muerte y el horror. El hombre es la tensión entre prohibición y transgresión, entre lo profano y lo sagrado. Edwarda nos describe aspectos de lo humano que la razón ha dejado fuera de su discurso, las sombras que el Dios cristiano no ilumina.

Bataille nos dice que transgredir lo prohibido no es violencia animal. Es violencia, en efecto, pero ejercida por un ser susceptible de razón, un ser que pone su saber al servicio de la violencia. Como es el caso de Keith, en *El jinete azul*, al matar a sus amantes y sobre todo a Richard (Calva, 1985.).

“Tras un miedo inicial al sentir la punta rozando tu piel, te estremeciste con la caricia de la hoja para luego dejar que tu piel se erizara, bueno, el abdomen es tan sensible: tu gozo crecía cuando desde las caderas te acaricié la espalda, al punto de que tuviste una erección ante la caricia de la muerte en tu piel. Aprendías a



gozar el terror, a excitarte con el peligro. Sin dejar de acariciarte con el cuchillo, te preparé para poseerte, te penetré, aumentó tu deleite, yo me excitaba más, tú gemías, extático. Entonces, por sorpresa, penetró la hoja en tu pecho. Se resbaló nada más. Te retrajiste y gritaste. “Calma, Rich, no hay peligro. En una gran estocada. No te dolió. Crees que duele porque estás aterrado, porque sientes el frío del acero en tu carne, pero mira bien: no sangra. No he atravesado ninguna vena. Es una diversión, pero no te rías. Mira que el horror puede ser divertido y placentero. Gózalo. Gózame. Esto es tan intenso que ahora me muevo y tendré uno de mis orgasmos más gloriosos y tú te derretirás de placer. Ahora observa: unos cuantos centímetros más adentro. La punta del cuchillo está a escasos milímetros de tu corazón. Tu vida y tu muerte están literalmente en mi mano. Espera, no te muevas. Si te repliegas puedo clavarlo, si empujas el pecho para morir puedo retirar la hoja... ¡oh, Richard, oh!” Te contrajiste tanto que casi me estrangulas la verga. Y comenzó mi orgasmo. Difícilmente me mantuve en pie. En mis manos la vida y la muerte, ¿no es como para venirse? Tu vida y tu muerte, Richard, ahora solo tu muerte. Y tú rígido, helado, gozando esa extrañísima vivencia, tan intensa, compuesta armoniosamente de factores aparentemente irreconciliables. ¡Poesía pura hecha semen y sangre! La vida, la muerte, el amor, la poesía, el sexo, la violencia, un cuchillo, todo fundido en una obra de arte que contuviste, retuviste y disfrutaste. Fuiste un templo, un Santo Grial” (Calva, 1985, p. 35).

En esta cita Keith nos narra cómo seduce a sus amantes y en el fragmento el lector asiste al acto sexual que sostiene con Richard, un momento íntimo que muestra la relación entre orgasmo y muerte, en que se mezcla el erotismo, por un lado, se acaricia el cuerpo, por otro se quitar la vida a través de una doble penetración en que el órgano sexual masculino y el un cuchillo llevan al orgasmo y a la muerte. La seducción, el horror, el asesinato y el erotismo se entrelazan con lo sagrado, el amado es un templo y un Santo Grial. Presenciamos un sacrificio.

La literatura nos muestra que, en el territorio del erotismo, la violencia y la muerte se entrelazan hasta volverse inseparables, revelando la dimensión de lo sagrado desde la mirada de Bataille. En el acto de escribir y en el acto de desear, el cuerpo se convierte en un espacio de sacrificio, un lugar donde la entrega y la destrucción pueden coexistir. Mainer Tornos Urzainki en su artículo dedicado al erotismo de Bataille dice:

“El erotismo sólo existe como paradoja: necesidad de un límite que nace de la afirmación de la transgresión; necesidad, a su vez, de la transgresión, cuyo gesto se funda en el límite. Ambos sólo existen a su encuentro. El erotismo de Bataille es esta contradicción irreductible, que hace saltar por los aires la superación de las antinomias y la jerarquía de los conceptos en los que se sustenta todo el sistema social y de pensamiento” (Tornos Urzainki, 2010, p. 199).

Esta afirmación del investigador vasco permite comprender que el erotismo, en la lectura batailleana, no puede pensarse fuera de una estructura de tensión permanente entre límite y transgresión, pues el deseo no surge en ausencia de prohibiciones, sino precisamente en su presencia: el límite establece el marco que vuelve posible la experiencia erótica, mientras que la transgresión lo desafía sin llegar nunca a abolirlo por completo. De este modo, el erotismo se configura como un movimiento oscilante donde la norma y su ruptura se implican mutuamente. Esta paradoja revela que el deseo no es una fuerza plenamente libre, sino una práctica que se alimenta de aquello mismo que intenta sobrepasar.

Así, Bataille comprendió que el erotismo no es solo una búsqueda de placer, sino una afirmación extrema de la vida, una aproximación al límite donde el ser se expone a su desaparición. En esa frontera, la



muerte deja de ser un final para volverse intensidad: el momento en que la vida se experimenta con mayor fuerza.

La violencia que acompaña al erotismo no surge como un impulso de dominio, sino como el modo en que el deseo rompe las estructuras de control y abre paso a lo imposible. En *Madame Edwarda*, la divinidad se encarna en lo abyecto, en el cuerpo profano que, al decir “Yo soy Dios”, desmantela la separación entre lo puro y lo impuro. En *Historia del ojo*, la fusión entre deseo, sangre y mirada configura una liturgia de lo excesivo, donde el goce y la muerte son parte del mismo ritual. Estas escenas buscan escandalizar, pero también hacer visible la experiencia de lo sagrado en su forma más humana: aquella que nace del contacto con la pérdida.

Desde esta perspectiva, la literatura actúa como un espacio de comunión, un lenguaje donde la transgresión se vuelve posible sin que medie el castigo. Es en el cruce entre erotismo y violencia donde el cuerpo, la palabra y el deseo alcanzan una forma de soberanía: un instante de libertad absoluta en el que la vida se consume en su propio exceso. Allí, en el límite entre el placer y la destrucción, el ser humano se encuentra con lo sagrado no como una entidad externa, sino como una presencia interior que lo desborda y lo devuelve a su origen común con todo lo viviente.

La muerte es la ruptura de la discontinuidad en la que nos fija la angustia; se nos propone como una verdad más eminente que la vida. La muerte es la destrucción de un ser discontinuo, lo cual en nada afecta a la continuidad del ser. La continuidad del ser es independiente de ella. En el sacrificio, cuando se da muerte a la víctima, los asistentes participan de un elemento que les es revelado en ese momento, *lo sagrado*. Lo sagrado es justamente la continuidad del ser revelada a quienes prestan atención, en un rito solemne, a la muerte de un ser discontinuo. Como consecuencia de la muerte violenta, lo que subsiste y lo que experimentan los espíritus ansiosos es la continuidad del ser, a la cual se devuelve a la víctima. Ese momento de silencio y de horror, la víctima es arrancada al mundo de las cosas, del mundo del trabajo, para ser entregada a la inmanencia.

La víctima, a la que se da muerte colectivamente, adquiere el sentido de lo divino. El sacrificio la consagra. A los ojos de la humanidad primera –sostiene Bataille–, el animal no podía ignorar una violencia fundamental; no podía ignorar que su impulso mismo (su violencia) es la violación de la ley. Faltaba por esencia a esa ley, y lo hacía de manera consciente y soberana. Pero, por encima de todo, a través de la muerte, que es culminación de la violencia, la violencia estaba desencadenada en él; él era su presa, sin reservas. Esta violencia divinizada eleva a la víctima por encima de un “mundo aplanado” en el que los hombres llevan una vida calculada y productiva. En relación con esta vida productiva, la muerte y la violencia delirán; no pueden mantenerse en el respeto a la ley que ordena la vida humana socialmente. La muerte, para la conciencia “ingenua”, sólo puede provenir de una ofensa, de una falta, de una infracción. Así, la muerte trastorna violentamente el orden legal.

Los humanos nos esforzamos en preservarnos en la discontinuidad. Pero la muerte, al menos su contemplación, nos devuelve a la experiencia de la continuidad. La continuidad se da en la superación de los límites. La transgresión organiza lo que por esencia es desorden. Por el hecho de que implica el rebasamiento de los límites hacia un mundo organizado, la transgresión es el principio de un desorden organizado. Tal organización, instituida en el trabajo, se fundamenta a la vez en la discontinuidad del ser. El mundo organizado del trabajo y el mundo de la discontinuidad son un solo mundo. Las herramientas y los



productos del trabajo son cosas discontinuas. Al servirse de las herramientas para hacer sus productos, los hombres son también seres discontinuos; la conciencia de su discontinuidad se hace más profunda con la utilización o la creación de objetos discontinuos. Así la muerte se revela en relación con el mundo del trabajo.

Lo sagrado es justamente la *continuidad* del ser revelada a quienes prestan atención, en un rito solemne, a la muerte de un ser discontinuo. Consecuencia de la muerte violenta, hay una ruptura de la discontinuidad de un ser. Lo sagrado nos revela una imposibilidad que se hace realidad, la muerte.

Bataille (2000) afirma: “El erotismo es la aprobación de la vida hasta en la muerte” (p. 15), lo cual es un desafío. Un desafío, a través de la indiferencia, a la muerte. La vida es acceso al ser; y, si bien la vida es mortal, la continuidad del ser no lo es. Acercarse a la continuidad es algo que domina la consideración de la muerte. En primer lugar, la perturbación erótica inmediata nos da un sentimiento tal que las sombrías perspectivas vinculadas a la situación del ser discontinuo caen en el olvido. En segundo lugar, nos es dado el poder de abordar la muerte cara a cara y de ver en ella por fin la abertura a la continuidad imposible de entender y de conocer, qué es el secreto del erotismo. Así, el erotismo abre a la muerte, y la muerte lleva a negar la duración individual. Bataille (2002) sostiene:

“La violencia de uno se propone ante la violencia del *otro*; se trata, en ambos lados, de un movimiento interno que obliga a estar *fuera de sí*, es decir, fuera de la discontinuidad individual ... dos individuos que están bajo el imperio de la violencia, que están asociados por los reflejos ordenados de la conexión sexual, comparten un estado de crisis en el que, tanto el uno como el otro, están fuera de sí. Ambos seres están, al mismo tiempo, abiertos a la continuidad” (pp. 108-109).

La crisis del ser es su entrada en el juego, su puesta en juego, en un pasaje que va de la continuidad a la discontinuidad o viceversa. El ser tiene la experiencia interior del ser en la crisis que lo pone a prueba. El ser más simple tiene un sentimiento de sí mismo y de sus límites. Si esos límites cambian, ese sentimiento fundamental le afecta; esa afección es la crisis del ser que tiene sentimiento de sí.

La experiencia interior implica un sentimiento de sí. Ese sentimiento no es la conciencia de sí. Está es consecutiva a la conciencia de los objetos, que sólo se da distintamente en la humanidad. Pero el sentimiento de sí varía necesariamente en la medida en que quien lo experimenta se aísla en su discontinuidad. Ese aislamiento es más o menos grande en función de las facilidades ofrecidas a la discontinuidad objetiva, y de forma inversa. Se trata de la firmeza, de la estabilidad de un límite concebible.

La experiencia interior es la forma de llegar hasta el límite de lo posible, es la ruptura del carácter necesario e inapelable de los valores y sentidos que enmarcan el campo de lo posible. La exterioridad del mundo de las cosas es lo que en principio recusa la experiencia. La experiencia es interior justamente porque sale de los marcos establecidos por la exterioridad productiva, y no porque se refiere a un “adentro” que íntimamente poseamos. La experiencia interior es la ruptura de la interioridad que la exterioridad ha construido y fortificado; no puede ser entonces una experiencia individual. Porque quienes leemos las obras de Bataille y Calvo presenciamos las experiencias individuales de Madame Eduarda y el narrador, y la de Keith y Richard. La experiencia interior es *comunidad, comunicación*. En la experiencia, no hay ya existencia limitada. Un hombre no se distingue en nada de los otros.



En la medida en que los seres parecen perfectos, permanecen aislados, cerrados sobre sí mismos. La herida del inacabamiento los abre. A través de esa herida, “los diversos seres separados se *comunican*, toman vida, perdiéndose en la *comunicación* de uno con otro” (Bataille, 1974, p. 39).

Las prohibiciones se presentan como una primera forma de creación que se superpone a la Naturaleza como reguladora de la vida colectiva e individual, con lo que el ser humano comienza a seguir un camino propio. Lo prohibido, según Bataille, tendría relación con deseos, emociones y acciones que se oponen al trabajo, que lo perturban o lo impiden.

Lo que el mundo del trabajo excluye por medio de las prohibiciones es la violencia, es a la vez la violencia de la reproducción sexual y la de la muerte. Bataille explica: sus herramientas no son, por lo demás, las únicas pruebas de una oposición naciente a la violencia. Las *sepulturas* dejadas por el *hombre de Neandertal* dan igualmente testimonio de ella.

“Lo que, con el trabajo, ese hombre reconoció como horroroso y como admirable –diríamos también como maravilloso- es la muerte” (2000, p.47).

El trabajo se presenta como una escapatoria que permite al hombre dejar de responder al impulso inmediato, regido por la violencia del deseo.

En el trabajo se reconoce la identidad fundamental entre el trabajo mismo y el objeto trabajado, y la diferencia que resulta del trabajo entre el instrumento elaborado y su materia. El trabajo implica la conciencia de utilidad del instrumento, de la sucesión de causas y efectos en los que entrará. Las leyes que rigen las operaciones controladas de las que provienen las herramientas, son desde el comienzo leyes de la razón. Así, el trabajo humano no es extraño a la razón.

Bataille transgrede lo prohibido mostrándonos el horror. Una de las prohibiciones más arraigadas en nuestra cultura, que aún causa espanto, es la mutilación de un cadáver. Tal es el caso de Simone en *Historia del ojo*:

“El inglés dijo a Simone:

-Y ahora, monta a esta rata de iglesia.

Simone se quitó el vestido. Se sentó sobre el vientre del mártir, con el culo cerca de su verga blanda.

El inglés siguió hablando desde abajo del cuerpo de la víctima: -Ahora, apriétale la garganta, justo detrás de la nuez: una fuerte presión gradual.

Simone apretó: un temblor crispó aquel cuerpo inmobilizado, y la verga se empinó. La cogí entre mis manos y la introduje en la carne de Simone. Ella siguió apretando la garganta.

Violentemente, ebria hasta la sangre, la joven hizo ir y venir la polla tiesa en su vulva. Los



músculos del cura se tensaron.

Por fin, ella apretó con tanta determinación que un escalofrío más violento hizo estremecer a aquel moribundo: ella sintió la leche inundar su culo. Soltó entonces la presa, abatida, entregada a una tormenta de placer. Simone seguía en el suelo, boca arriba, y, por la nalga le resbalaba el esperma del muerto. Me tumbé para joderla a mi vez. Estaba paralizado. Me agotaban un exceso de amor y la muerte del miserable. Nunca he estado tan contento. Me limité a besar la boca de Simone [...]

[...] Levantándose, pareció congestionada (estaba entonces terriblemente desnuda).

-Escúcheme, Sir Edmond –dijo ella-, necesito inmediatamente el ojo, arránquelo.

Sir. Edmond, sin inmutarse, cogió en una cartera un par de tijeras, se arrodilló y cortó la carne; luego hundió los dedos en la órbita y extrajo el ojo, seccionando los ligamentos. Puso el pequeño globo blanco en la mano de mi amiga.

Ella contempló la extravagancia, visiblemente molesta, pero no vaciló. Acariciándose las piernas, deslizó por ellas el ojo. ¡La caricia del ojo sobre la piel es de una suavidad excesiva... acompañada de una espeluznante sensación de horror!

Con todo, Simone se divertía, dejaba que el ojo se deslizara en la hendidura de las nalgas” (Bataille, 1978, p. 160).

Simone nos muestra un erotismo desbordado, los cuerpos se convulsionan violentamente, están en una iglesia, ella tiene sexo con el cura y lo estrangula, y le pide a Sir Edmond que le dé el ojo de la víctima, se acaricia con ese órgano. El juego erótico no se distingue de la muerte, el horror, la violencia, el placer y lo sagrado. El ojo o los ojos presencian momentos transgresores que nos muestran el sinsentido y el gasto inútil de la transgresión.

En *Historia del ojo*, ese órgano que normalmente asociamos con la razón y la claridad se transforma en símbolo del exceso y del abismo. Cuando Simone toma el ojo del sacerdote y lo convierte en objeto de placer, la mirada deja de ser un acto de conocimiento para volverse una experiencia de vértigo. El cuerpo, el deseo y la violencia se funden en una escena que desborda cualquier explicación racional. En ese gesto, absurdo y poético, se encarna lo que Bataille llamaba el “gasto inútil”: una pérdida que no busca producir nada, sino consumirse a sí misma. Al acariciarse con el ojo, Simone trastoca el orden simbólico del cuerpo pues el órgano que ve se convierte en instrumento del goce, y la visión, en un modo de tocar lo imposible.

Por su parte, la iglesia, que es el escenario de la escena, se transforma en un espacio de profanación y revelación. Allí, la violencia del deseo se confunde con el rito, y el crimen se convierte en una forma de comunión. Lo sagrado no se manifiesta en la pureza, sino en el exceso: en ese instante en que el placer y la muerte se tocan, en que el horror y el éxtasis se confunden. Bataille nos enseña que el límite se comprende como ese punto en el que la vida se arriesga a su propia disolución, ese en que se revela una verdad sobre lo humano, es decir, ese punto en el que únicamente al enfrentarse al absurdo del deseo es posible acceder a la intensidad de lo sagrado.



El ojo, entonces, ya no mira hacia afuera, sino hacia dentro del abismo del cuerpo y del alma. Es testigo de lo que no puede ser dicho, de aquello que se gasta y se pierde. La literatura, al narrar este acto, nos recuerda que ver también es exponerse, desgarrarse, morir un poco. En la mirada del ojo arrancado se cifra la paradoja de la existencia: el deseo de comprender la vida, aun cuando ese deseo nos conduzca directamente a su destrucción.

El recorrido realizado a lo largo de este trabajo muestra que la reflexión batailleana sobre el erotismo, la violencia y la muerte permite situar la literatura como un espacio privilegiado de exploración de los límites de la experiencia humana. En los textos analizados: *Historia del ojo*, *Madame Edwarda* y *El jinete azul*, la transgresión se manifiesta como un gasto improductivo que interrumpe la normalidad de la prohibición, abriendo un umbral en el que deseo, horror y exceso se entrelazan. Estos momentos no solo ponen en juego la continuidad de la vida y la muerte, sino que también revelan la fragilidad de la subjetividad cuando se enfrenta a lo erótico como experiencia radical. Bataille nos recuerda que allí donde la vida se expone al límite, surge una afectación que desborda lo racional y que, en ese desbordamiento, constituye la posibilidad misma de lo erótico.

#### Referencias:

Bataille, G. (1974). *El culpable, seguido de El alehuya y de Fragmentos inéditos* (F. Savater, Trad.). Taurus.

Tornos Urzainki, M. (2010). Deseo y transgresión: El erotismo en Georges Bataille. *Lectora*, (16), 195–210. <https://ddd.uab.cat/record/85404>

Bataille, G. (2000). *El erotismo*. Tusquets.

Bataille, G. (1997). *El ojo pineal, precedido de El año solar y Sacrificios* (M. Arranz, Trad.). Pre-Textos.

Bataille, G. (1978). *Historia del ojo*. Tusquets.

Bataille, G. (1981). *La experiencia interior, seguido de Método de meditación y de Post-scriptum 1953* (F. Savater, Trad.). Taurus.

Bataille, G. (2001). *La oscuridad no miente. Textos y apuntes para la continuación de la Summa ateológica* (I. Díaz de la Serna, Selecc., Trad. y Epílogo). Taurus.

Bataille, G. (1987). *La parte maldita, precedida de la noción de gasto* (F. Muñoz de Escalona, Trad.). Icaria.

Bataille, G. (1981). *Madame Edwarda seguido de El muerto*. Tusquets.

Bataille, G. (1979). *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte* (F. Savater, Trad.). Taurus. Calva, J. R. (1985). *El jinete azul*. Katún.

Documento recibido el 31 de octubre de 2025.  
Aceptado para su publicación el 18 de marzo de 2026.